

Geoffrey M. HODGSON

*The Evolution of Institutional Economics. Agency, Structure and Darwinism in American Institutionalism*

Londres, Routledge, 2004, 534 pp.

Una costumbre irónicamente compartida por historiadores económicos de tendencias bien dispares es la costumbre de referirse a la teoría económica neoclásica como “la teoría económica”. El último libro de Geoffrey Hodgson es una reivindicación de la vertiente teórica de una escuela de pensamiento central en los Estados Unidos durante la primera parte del siglo XX: el institucionalismo. Pero, ¿puede considerarse teoría a la economía institucionalista? Sintetizando un estado de opinión bien extendido entre la academia, una figura de la talla de Ronald Coase llegó a escribir que el institucionalismo era anti-teórico. El objetivo de las más de 500 páginas escritas por Hodgson con erudición y espíritu sistemático es, precisamente, reivindicar el institucionalismo en clave teórica.

Para ello, Hodgson realiza un recorrido por la historia del pensamiento económico que va desde Thorstein Veblen, como precursor del institucionalismo, hasta Clarence Ayres, como el último de los miembros de la escuela cronológicamente conectado a los días más influyentes de la misma. A diferencia de otras historias del institucionalismo, la presente no aspira a proporcionar un tratamiento completo de la escuela, ya que numerosos temas abordados por los institucionalistas son conscientemente apartados del plan de trabajo. El énfasis aquí no está en los temas, sino en la teoría: Hodgson elabora una plantilla meta-teórica con la que Veblen y sus seguidores serán sucesivamente evaluados. La plantilla se basa en la propuesta realizada por el propio Veblen para renovar la economía como disciplina a partir de los presupuestos filosóficos del darwinismo, y sitúa como uno de los pilares del institucionalismo la idea de que los fenómenos económicos no pueden explicarse completamente a través del individualismo o el colectivismo metodológicos. El tratamiento dado por los distintos autores a agencia, estructura y, sobre todo, los vínculos entre ambas, ocupa así un papel central en este libro.

El libro se divide en cinco partes. La primera consta de tres capítulos introductorios en los que se presentan los objetivos y el planteamiento general, y se revisan algunas de las objeciones habitualmente lanzadas a la introducción del darwinismo en las ciencias sociales. Hodgson defiende una aplicación de los principios darwinianos que no presupone resultados óptimos o maximizadores, ni tampoco la exclusión de la intencionalidad o el coqueteo con el reduccionismo biológico. La segunda parte, por otro lado, está dedicada a los orígenes del darwinismo y su impacto sobre la ciencia social victoriana. La temática, por supuesto, no se desarrolla exclusivamente en clave biológica, sino que más bien intenta desarrollar una idea conocida:

que el marco conceptual propuesto por Darwin puede entenderse en realidad como un nuevo sistema filosófico. Evaluados según la plantilla elaborada por los principios de este nuevo sistema, científicos sociales habitualmente asociados al darwinismo, como Herbert Spencer, no salen bien parados.

A continuación, el libro cruza el océano para enfrentarse en la tercera parte a la figura de Thorstein Veblen, que aparece aquí sin duda como el institucionalista que mejor comprendió las posibilidades abiertas a las ciencias sociales por el darwinismo. Así, Veblen criticó tanto el individualismo como el colectivismo metodológicos, resaltó las asimetrías temporales y el peso del pasado, entendió las instituciones como (entre otras cosas) almacenes de conocimiento social, apreció la existencia de mecanismos de causación descendente reconstitutiva (es decir, de efectos institucionales que alteran las características de los individuos) y, muy especialmente, basó su teoría en los principios darwinianos de variación, herencia y selección. Hodgson viene a decirnos que, por debajo del sarcasmo y la mordacidad de *Teoría de la clase ociosa* o sus otras obras, había en Veblen un novedoso sistema teórico. Pero, sin duda, uno de los grandes aciertos del libro consiste, en mi opinión, en la sombría valoración que se propone del uso que, a lo largo de su carrera, hizo Veblen de tal sistema teórico. Hodgson comienza aquí un retrato bastante crítico del institucionalismo en clave de promesas frustradas. Y, como casi todo en el institucionalismo, también las promesas frustradas comienzan por Veblen: una teoría poco desarrollada sobre los mecanismos concretos de la evolución institucional se combinó con su creciente interés por el impacto de la ciencia y la tecnología sobre las disposiciones mentales de los agentes económicos (“un giro equivocado”, como Hodgson titula uno de los capítulos). El resultado fue un Veblen incapaz de comprender adecuadamente las realidades motivacionales y organizativas de una economía de mercado, proponiendo alternativas vagamente definidas e implícitamente basadas en una minusvaloración del papel de los mercados en la resolución de los problemas de asignación de recursos en una economía compleja. Hodgson viene a sugerir que, si Veblen hubiera estado tan atento al desarrollo, durante comienzos del siglo XX, de los conceptos de emergencia y síntesis creativa como lo estuvo a finales del XIX al discurso darwiniano original, entonces quizá su legado teórico habría sido más influyente.

Pero Veblen no es, desde luego, el institucionalista que peor parado sale de la evaluación de Hodgson: la cuarta parte sitúa las posiciones de John Commons, Wesley Mitchell, Frank Knight y Clarence Ayres en la plantilla formada por agencia, estructura y darwinismo. La parte se titula “El institucionalismo en la jungla”, lo cual ya da una idea del argumento central: ninguno de los seguidores de Veblen cumplió las promesas evolucionistas. Aun con todo, Hodgson establece diferencias: Commons, al menos, intentó proporcionar una teoría sistemática a la economía institucionalista, Mitchell fundamentó el análisis macroeconómico sobre una base filosófica en clave de propiedades emergentes, Knight (cuya inclusión en esta escuela no

es evidente por sí misma; Hodgson reconoce la existencia de elementos neoclásicos y austriacos en su trabajo) se preocupó por las influencias sociales e institucionales sobre las preferencias individuales desde una Universidad de Chicago que, por aquel entonces, comenzaba a marginar a gente como él, pero Ayres... Clarence Ayres es quizá el gran villano de la función, no sólo porque este líder de facto del institucionalismo americano devolvió, según Hodgson, a la escuela al estado pre-vebleniano de la década de 1880, sino también porque, al mismo tiempo, logró convencer a casi todo el mundo de que había absorbido la doctrina del maestro. Sin embargo, la conexión darwiniana está ausente de los presupuestos científicos de Ayres, y su famosa dicotomía entre tecnología (como factor de progreso) e instituciones (como factor retardatorio) queda aquí retratada como una influyente extensión del “giro equivocado” tomado por Veblen. Hodgson concluye que las causas del declive del institucionalismo son complejas y que quizá las principales son externas (y se fraguaron ya en el ambiente intelectual, político y académico del período de entreguerras), pero que también existieron causas internas: ni Veblen ni sus seguidores fueron capaces de proporcionar una teoría sistemática, y Ayres carga con la responsabilidad adicional de haber llevado a la escuela a una posición en la que podría sobrevivir durante un tiempo a costa de disminuir su impacto en el largo plazo.

La quinta y última parte, “Comenzando la reconstrucción de la economía institucional”, ilustra cómo algunas de las fuerzas externas que erosionaron los fundamentos del institucionalismo en la primera parte del siglo XX han desaparecido en las últimas décadas: el positivismo no es lo que era, el instinto y el concepto de emergencia han sido rehabilitados en psicología y filosofía de la ciencia, respectivamente, y el proyecto de basar la macroeconomía en microfundamentos sólidos se ha visto atrapado en callejones de difícil salida. Mientras tanto, cada vez más libros y artículos se acercan a la economía desde perspectivas evolucionistas diversas. Según Hodgson, éste es el momento de desarrollar una aproximación darwiniana generalizada, basada en un marco teórico general con espacios para análisis históricamente específicos. Esto enlaza, de hecho, con el libro anterior del autor, *How economics forgot history: the problem of historical specificity in social science* (2001).

La obra aquí reseñada es un libro que necesitaba ser escrito. Hodgson ha dedicado otros libros a criticar la economía ortodoxa y a ofrecer perspectivas alternativas desde una perspectiva institucionalista. En esta ocasión, las insuficiencias de la economía ortodoxa se dan por sabidas y no se considera necesario insistir en ellas. Mostrando acaso la madurez a la que va llegando la escuela institucionalista, las insuficiencias que se subrayan aquí, desde una valoración globalmente favorable del programa de investigación originalmente diseñado por Veblen, son las de las grandes leyendas de la escuela, Veblen el primero. Esto destaca poderosamente en una heterodoxia a menudo temerosa de que la reflexión crítica sobre sus figuras principales lleve a un reforzamiento por defecto de la economía ortodoxa.

El libro está estructurado de manera coherente y cerrada, pero resulta inevitable imaginar algunas líneas de trabajo complementarias. Personalmente, me habría gustado que el libro hubiera introducido también a figuras posteriores a 1945 como Gunnar Myrdal o John Kenneth Galbraith, o incluso alguien como Albert Hirschman (cuya elección no sería en ningún caso más arriesgada que la de Knight), para verlos colocados en la plantilla meta-teórica y observar su desempeño. El libro es, de todos modos, tan extenso que los límites temáticos y cronológicos elegidos son muy razonables.

¿Qué puede aportar este libro a los historiadores económicos? Yo recomendaría leer en primer lugar *How economics forgot history*, del que este *The evolution of institutional economics* es una especie de secuela reconocida. Ambos libros refuerzan el papel de la historia económica en el desarrollo de la economía como disciplina. Este segundo enfatiza en particular las bases teóricas de un paradigma que proporciona herramientas útiles para la historia económica y permite un amplio espacio para la participación de ésta en el diseño de los niveles teóricos inmediatamente inferiores a los niveles meta-teóricos aquí analizados. Hodgson insiste aquí en que los científicos sociales inclinados hacia el institucionalismo no deben olvidar (de nuevo) la lección de que los hechos no hablan teoría por sí solos. *How economics forgot history* contiene sin embargo una parte final que quizá resultará más operativa para aquellos historiadores económicos interesados en la utilización de algunos de estos instrumentos teóricos en su investigación. Ahora bien, el presente libro es una obra imprescindible para los cursos de historia del pensamiento económico. Una utilización selectiva del mismo en cursos de doctorado sobre metodología de la economía contribuiría, además, a que los economistas del futuro contaran con una formación abierta y fueran sensibles a la variedad de teorías económicas que, en plural, pueden ayudarnos a comprender mejor el mundo en el que vivimos.

**Fernando Collantes Gutiérrez**  
*Universidad de Zaragoza*